



*Carlos González dejó Lima por Tarapoto y no cambia, por nada del mundo, Tarapoto por Lima. Es una energía cósmica que lo hace ir de aquí para allá, invertir y gozar.*

# La aventura de Carlos González

**TEXTO Y FOTOS: ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN**

**C**arlos Alejandro González Henríquez es conocido como *El cacique* en toda aquella zona que va de Tarapoto a Moyobamba y de Yurimaguas a Chachapoyas. Se trata de la selva nororiental peruana, un paraje abundante en riquezas naturales, atribulado por la subversión de los últimos veinte años, el negocio del narcotráfico y las fuerzas del orden. Me mira, y confiesa que en el Perú todo empresario choca con la corrupción en sus diversos niveles: la fiscalía, los jueces, la policía, el ejército. Sobre todo aquí, donde un empresario debe hacerse respetar, estar en excelente forma física y debe dar a entender que no le tiene miedo a quienes desean invadir sus terrenos o robar su patrimonio. En Lima, dice, la gente envejece rápido y mal. Él se mantiene delgado y hace, desde Tarapoto a Yurimaguas, dos horas en su viejo Volvo, lo que se demora un trayecto de San Isidro a La Molina.

En enero de este año un grupo de delincuentes emboscó uno de sus vehículos y pretendieron robarle la planilla. Se trataba de un sopló interno. Inmediatamente se trepó a uno de sus jeeps y empezó la persecución en el bosque, provisto de un machete y de un arma de fuego. Los alcanzó, los detuvo y los entregó a la comisaría de El Sauce. No podría ser de

otro modo. La gente espera conocer tu reacción, si todavía la mantengo firme, si no me he debilitado. Una vez dentro, solo queda esperar. El jefe de esa banda es un reconocido líder de una asociación de vivienda que, con astucia, compromete a las autoridades del lugar. Actualmente, el negocio en la zona son las invasiones. La región es próspera y dentro de poco se viene la inversión brasileña. La figura es confusa: son invasores, ex emerretistas, delincuentes, líderes vecinales: todo a la vez. Todo en una. Es muy difícil separar la paja del trigo e imponer la justicia. Por esa razón, Carlos González no se separa de su arma y coge el machete cada vez que amenazan sus vastas propiedades.

Carlos González es limeño, ex alumno del colegio La Inmaculada, de prolongada actividad profesional en el campo de las finanzas y el comercio. Ahora se ve a sí mismo como un empresario turístico. Es dueño del Hotel Puerto Palmeras en Tarapoto, de Lago Lindo en El Sauce, de Puerto Pericos en Yurimaguas y de Puerto Pumas en Pomacocha. Pero antes trabajó en el Banco Continental, en una empresa molinera, en el Banco Central de Reserva hasta que, por fin, tomó la decisión de marcharse de Lima y trasladarse a la selva norte. Eso fue en 1984, 1985, quizá 1986. Cuando tenía 46 años de edad. En pleno

auge del terrorismo. En plena violencia. Cuando el MRTA negociaba con los empresarios, los asustaba y los largaba del lugar. Cuando se tenía que negociar con los militares. Cuando se tenía que conversar con los narcos, con Vaticano, con Montesinos, con Fujimori, porque todos ellos estuvieron, por un motivo u otro, alojados en su hotel de Tarapoto. Ahora la situación es diferente. Los recuerdos de esa época han desaparecido y Tarapoto vive un estado de ebullición capitalista. Pero lo reconoce, e incluso podríamos afirmar que lo reconoce como si fuera un experto en teoría marxista: cree en la plusvalía, en el hecho de comprar barato y vender caro, de invertir cuando las papas queman, de comprar en grande, no de a poquitos, cuando la gente estaba en desbandada, cuando se morían de miedo, cuando los que mandaban eran los terrucos, los narcos y los milicos, y los empresarios eran solo unas personas tímidas y quedadas. En esos tiempos fue cuando invirtió. Por eso dice esbozando una sonrisa: si pudiera venderlo todo, lo haría, y me iría al VRAE a invertir mi dinero. Lo transformaría, como logré transformar esta tierra que ahora ves y que hace veinte años era tierra arrasada por la guerra y el negocio ilícito.

Carlos González vive en sus hoteles, pero lo hace en unos ambientes discretos. En Puerto Palmeras vive su tío David, de 93 años, que es un aficionado a la natación. Tiene la cara de su tío, afilada, de rasgos fuertes, aunque su tío se encuentra algo frágil por la edad. En Yurimaguas, en su hotel Puerto Pericos, hay una habitación

repleta de objetos familiares. Tiene un parecido con aquella casa en Vietnam donde viven unos franceses en la versión definitiva de *Apocalipsis now*, ese grupo de sobrevivientes apegados a objetos que les traen recuerdos y defienden de los ataques de los insectos, de los norteamericanos y de los vietcong. Paseo la mirada por los cuadros, por los juegos de té, por los muebles, todos traídos desde Lima, desde la casa de sus abuelos donde vivió protegido y feliz. Carlos González no habla de su vida privada; en todo caso, su vida pública es su vida privada, la tiene enlazada, le da coherencia una a la otra. Prefiere tocar el tema que él llama, sin cinismo, el del Gran Negocio, el negocio de la subversión y el narcotráfico que tanto dinero trajo a la zona e involucró casi a todo el mundo. Incluso los emerretistas, me dice, se dieron cuenta de que se trataba de un negocio y ya no de una revolución.

Recuerda con claridad la reunión que tuvo lugar, por accidente, en 1991, cuando los del MRTA ingresaron a una vivienda donde se encontraban el gerente del Banco de Crédito del Perú, Carlos Muñoz; el gerente del grupo Romero, José Luis Puig; el agricultor Humberto Hermoza, el arquitecto Enrique Palacios Rey y el maderero Gliden Allan. Eran situaciones difíciles, eventuales, en que se topaban con los subversivos, cuando había que enfrentárseles no con armas, sino con tácticas, diálogo, sugerencias. Carlos González se las ha visto con Hugo Avellaneda y con Juaneco. A Vaticano, más bien, lo considera un narco hecho a pulso, una especie de "llenador de

micro”, pues era la persona encargada de llenar de cocaína las avionetas. Pero todo eso ya fue. Es historia. Es pasado. Duda que pueda volver. Lo que hay ahora son invasiones, el gran negocio, que incluye a los líderes de la zona, a veces antiguos emerretistas y, por supuesto, grandes pendejos. Todo se reduce al negocio, me dice. Los del MRTA terminaron de narcos. Los milicos cobraban la suya. Y Montesinos y Fujimori, que venían acá, se alojaban acá, porque acá, en Tarapoto, estaba la movida. Tarapoto siempre fue movido económicamente. Antes de que estallara la guerra interna había varios vuelos diarios entre Lima y Tarapoto. Eso se redujo a la nada, pero hoy hay casi diez vuelos diarios a Lima. Nos falta visión para traer a los ecuatorianos, a los colombianos y a los brasileños en vuelos internacionales. Nos falta audacia para crear otro recorrido que sea alternativo al circuito Arequipa-Cusco-Puerto Maldonado.

En el camino a Yurimaguas, donde está su hotel Puerto Pericos, siempre se detiene ante una tumba que se encuentra a un lado de la carretera. Baja del auto y le deja algún recuerdo a Marlon García Alvarado. No lo ha conocido en vida, pero en una oportunidad extravió su celular cuando manejaba y empezó a buscarlo por los alrededores. Parece ser que Marlon García Alvarado lo ayudó a encontrarlo y lo ha seguido ayudando a partir de ese encuentro. Carlos González está agradecido con él, ha averiguado quién era y el motivo de su muerte, un asalto en la carretera, hace

algunos años. Cuando llegamos a Puerto Pericos, nos instalamos al borde de la piscina y nos pusimos cómodos. Ni nosotros somos turistas ni él es el dueño del local. Vamos como amigos. Como peruanos que viven en dos mundos distantes. Ha traído a una amiga de la infancia, que regresa a Tarapoto después de dos décadas de haber vivido en Europa. Nos acompaña María, una muchacha maravillosa, natural, del lugar, para que nos atienda. Pone óperas. Las pone a todo volumen. Le gusta la ópera italiana. Y la música retumba en los alrededores del bosque como si él mismo fuese la reencarnación de Fitzcarraldo, el enloquecido amante de la lírica en su travesía por la Amazonía. Bebimos un ron de lujo. Unos bocaditos. Después salimos a pasear por Yurimaguas, una ciudad que se encuentra cerca al portón trasero de su propiedad porque, o llegas por un brazo del río o lo haces por esa puerta. Detrás de su hotel hay un mercado pobre, para gente pobre, donde se vende comida y ropa usada. A un costado hay un refugio que atiende niños abandonados, se llama Hannah, igual a *Hannah y sus hermanas*, la película de Woody Allen, un lugar pobre pero digno al que Carlos González apoya con dinero, ropa y juguetes de sus nietos. Allí trabaja desde hace meses, como voluntaria, Colete, una estadounidense de 18 años, espigada y gringa. Hay muchas mujeres embarazadas. Sus panzas son enormes. La mayoría son jóvenes, pero es difícil calcularles la edad. En un rincón hay una niña de doce años que ha sido violada por su cuñado. Es una indígena. Una



*El enigma de Marlon García Alvarado seguirá sin resolverse. ¿Quién era? ¿Quién lo mató? Nadie lo sabe.*

nativa. Son sus costumbres, sus modos de vida, cosas difíciles de cambiar. Carlos González me habla pero yo no tengo un cuaderno de notas y olvido los detalles, incluso la lógica de una conducta perversa para la mujer: si te devuelven a tu hija, eso quiere decir que es fea y que no vale. A la hija se la lleva la familia del pretendiente y debe hacer las tareas de una doméstica, sin que te la devuelvan. Toda devolución es una ofensa. Es el mundo, otro mundo, el mundo de los nativos que vienen hasta este mercado a comprar pescado resecado al sol y ropa usada.

Regresamos a Tarapoto al día siguiente porque debe recibir la visita de un sacerdote. No lo conoce, pero debe ser puntual. Me revela que no le gusta el cine. A su esposa sí. A su amiga de la infancia también, y está dispuesta a ver una película en un cine que acaban de inaugurar en la ciudad. En Tarapoto hay dos restaurantes nuevos: el Venecia, que no tiene nada que envidiarle a Lima, y un café, cuyo propietario es el mismo que construyó un castillo medieval en Lamas. Es una ciudad como todas de la selva: desaliñada, movida, llena de motos y mototaxis. El verdor lo reservan para el bosque aledaño, porque en la ciudad no hay árboles. Cómo le va a gustar el cine, pienso, si su vida es una aventura. Cada día ocurre algo nuevo. Compra, invierte, construye, arregla, planifica el futuro. Se ve a sí mismo como un empresario del turismo y por eso le fastidia que las autoridades no sean capaces de colocar a sus ciudades en una oferta turística.

En la plaza de Yurimaguas, casi a oscuras, vemos la catedral en vías de ser remodelada. La misa se celebra en un lugar provisional. Hay una tienda Carsa que ilumina su local de una manera chillona. La Casa Regional de Loreto está taponeada con cartelones que ocultan su fachada de raigambre histórica. Iván Vásquez, el presidente regional, en lugar de poner en valor la plaza, oculta el frente del local con esos cartelones que muestran sus obras.

En Tarapoto recibe a Aniceto, el sacerdote. Después me entero que le ha pedido apoyo, una especie de beca, para un cura que viene de España. No sé qué habrá decidido Carlos González, pero sé que prefiere colaborar con la casa refugio Hannah. En todo caso, si algo sabe hacer es negociar: ha recibido a Fujimori, a Montesinos, a los altos mandos militares, a los narcos, a los emerretistas. Uno más qué importa. Al fin y al cabo, Aniceto es un cura español que siente escalofríos ante la grandeza del bosque. Me despido, le agradezco su generosidad, doy un vistazo final a Puerto Palmeras y, como le dije al sacerdote español, ese hotel es el fruto de su trabajo, ha soportado todo tipo de presiones y acosos y allí está, tranquilo, rodeado de sus trabajadores, porque se la jugó en un momento en el cual la mayoría huyó. Plusvalía, hermano, me dice. Baja el precio e invierte. Sube y podría vender. Pero lo mío está aquí. Y aquí me quedo. ¿Lima? Lima es un infierno. Mis compañeros de colegio están viejos. Andan metidos horas de horas en sus carros y les da miedo salir de sus casas. ■